

SERGE BOUCHARD

La época de
los mamuts lanudos

Traducción del francés de
REGINA LÓPEZ MUÑOZ

Prólogo de
RICARDO TEJADA

ÍNDICE

PRÓLOGO
RICARDO TEJADA, 7

LA ÉPOCA DE LOS MAMUTS LANUDOS, 23

Fragmentos de una vida

YO SOY EL ANTROPÓLOGO, 39
DE LA IMPORTANCIA DE AMAR LOS AUTOBUSES, 47
LA TRAYECTORIA DE UN NIÑO MIMADO POR LA MALA SUERTE, 57
OCTUBRE DE 1970 O LA MOSCA QUE TODO LO SABE, 67
CHIBOUGAMAU, 79
CUATRO TORNILLOS, 91
UN VERANO ANIMAL, 99
LA CARRETERA LAME-CORZO, 107

Un grandísimo pesar

- LA MUERTE ES UN GATO, 119
LA ÚLTIMA SONRISA DEL PROFETA, 129
ÉMILIEENNE AGUARDA LA MUERTE, 139

Mentiras bonitas

- A FIN DE CUENTO, 153
TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A OREGÓN, 159
TODAS SE LLAMABAN GOLONDRINA, 169
LA VIDA FELIZ DE PANCHO VILLA, 175
PERDÓN A DETROIT, 183
EL FACEBOOK DE MONTAIGNE, 193

Del país de nuestras almas

- POR UNA POLÍTICA DE LOS PUNTOS DE VISTA, 209
LAS TRES PÍCEAS DE LA GENERAL MOTORS, 215
DEL BOSQUE Y LOS TEMPLOS, 219
EL ALERCE Y LA SINFONÍA DEL MUNDO, 227
UNA PEQUEÑA CIUDAD A LO LEJOS, 233
ELOGIO DE LO PLANO, 237
LA MUERTE DE MUMBA, 245

EPÍLOGO

HASTA SIEMPRE, BERNARD, 253

NOTA BIBLIOGRÁFICA, 261

PRÓLOGO

RICARDO TEJADA

LA ÉPOCA DE LOS *mamuts lanudos* es un libro de madurez del antropólogo, locutor de radio y ensayista Serge Bouchard, nacido en 1947 en Pointe-aux-Trembles, un pueblecito cercano a Montreal, años más tarde fagocitado por la ciudad. A principios de los años setenta, defendió su tesina en Antropología, gracias a un trabajo de campo sobre los innus-montagnais, pueblo algonquino que vive entre Tadoussac y el hemisferio boreal, al sur de donde viven los inuits (esquimales). Bouchard quiso, a continuación, cambiar de temática y en 1975 se propuso estudiar la vida de los camioneros que recorren de un extremo a otro la inmensidad del territorio canadiense. Desde entonces, en vez de dedicarse a la docencia en la universidad, fue realizando numerosos trabajos relacionados con la antropología y la cultura, tanto para instituciones públicas como para empresas o consultoras. De manera paralela, fue descubriendo su vocación como ensayista publicando primero *Le Moineau domestique*, en 1991, y más tarde, *L'homme descend de l'ours* y la serie *Lieux communs*. Sus colaboraciones en prensa, en particular, en el diario *Le Devoir* y su entrada en Radio-Canada como locutor de un programa fueron completando el carácter polifacético de la obra de Bouchard. Hoy en día, es un escritor muy reconocido en Canadá, sobre todo en el ámbito francófono, quebequés.

La época de los mamuts lanudos, como muchos grandes ensayos, es fruto de una serie de artículos publicados en una revista, en este caso la revista montrealés *L'Inconvénient*, entre 2004 y 2011, con excepción de cuatro de los veinticinco textos que lo conforman. El libro, en formato de bolsillo, fue publicado en la prestigiosa editorial Les éditions du Boréal en 2013. El prefacio, del mismo título que el libro, nos describe la vida cotidiana de un niño canadiense en los años cincuenta y comienzos de los sesenta: el mismo Serge Bouchard. De una manera impresionista, con no poca melancolía e ironía, va explicando, en forma de conversación imaginada con sus hijos y nietos, las diferencias considerables entre una infancia sin apenas aparatos ni pantallas y la vida actual de los niños, saturada de estímulos digitales, pero también de un «catecismo» minimalista vertebrado por el reciclaje y el respeto del medio ambiente. A través de estas pinceladas, vemos aparecer también las particularidades de la vida quebequesa: el clima nórdico (inviernos prolongados y rigurosos), las aficiones y deportes como el *hockey* sobre hielo, la presencia de la disciplina y de la religión católica en el sistema educativo, la cotidianidad de una familia tradicional y creyente —aunque no tanto, pues su madre, descreída e inquieta, los incitaba a la lectura—. * Estamos en un mundo, el de los años cincuenta, que, salvando las distancias, podría resonar con aires cercanos en el oído de un lector español de edad madura, aunque la España franquista era una sociedad aún mucho más encorsetada que la quebequesa de entonces, pues si bien esta vivía en una relativa burbuja marcadamente católica, se regía, en el marco ca-

* En su viaje por tierras canadienses, en 1939, el escritor francés Maurice Genevoix definirá Quebec de manera expresiva: «tierra de sacerdotes». En ella, uno se siente «en casa» en todas partes, añadirá. El contraste debía de ser notable con respecto a la Francia laica, por mucho que en la antigua metrópolis el catolicismo siguiera siendo muy vivaz en amplios sectores. En *Canada*, Flammarion, París, 1945, pp. 15-16.

nadiense, por hábitos y leyes democráticas. Es el período anterior a la llamada «revolución tranquila» que se produce a partir de los años sesenta, cuando el liberal Jean Lesage desbanca a los conservadores de la Unión Nacional que gobernaban Quebec desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Los valores laicos, urbanos, se van imponiendo al mismo tiempo que se ponen en marcha políticas keynesianas, más protectoras socialmente hablando, y más intervencionistas; por ejemplo, en la gestión de la electricidad. En el ámbito canadiense, Pierre Elliott Trudeau, desde 1967 como ministro de justicia y desde 1968 como primer ministro, pone en marcha también, de manera más ambiciosa, medidas liberalizadoras en temas como el aborto, el divorcio y la homosexualidad.*

En las cuatro partes que conforman el libro, Bouchard va desplegando, poco a poco, su mundo abigarrado. En la primera, «Fragmentos de una vida», se amplían las referencias autobiográficas que habían aparecido en el artículo a modo de pórtico, pero esta vez

* Para un retrato brillante y entusiasta del estadista canadiense, padre del «multiculturalismo» canadiense y adversario declarado del nacionalismo quebequés, se recomienda el libro de Juan Claudio de Ramón *Canadiana. Viaje al país de las segundas oportunidades*, Debate, Madrid, 2018, pp. 185-216. Es una excelente guía, a caballo entre el ensayo y el relato de viajes, con toques autobiográficos, para todo lector español ávido de información y de juicios ponderados sobre Canadá, en especial en política e historia de este país. Serge Bouchard traza en su libro un retrato respetuoso, pero distanciado y crítico, de este líder, en «Octubre de 1970 o La mosca que todo lo sabe». Reprocha a ese «primer ministro culto» haber olvidado a los amerindios. Detalla, además, todas las leyes que en la primera mitad del siglo xx habían dejado completamente aparcados a estos grupos humanos de la ciudadanía. Hay otros claroscuros en la gestión del primer ministro, como su discutible aplicación de la ley antiterrorista, llamada *Loi sur les mesures de guerre*, aplicada por él en la crisis de octubre de 1970, a raíz del secuestro y asesinato del ministro provincial de trabajo Pierre Laporte por un grupúsculo independentista quebequés.

La época de
los mamuts lanudos

*A Bernard,
cuya vida añoro.*

LA ÉPOCA DE LOS MAMUTS LANUDOS

SUELO DECIRLES A MIS nietos, y también a mi hija, aún joven e inexperta, que hubo un tiempo en que los ordenadores no existían. Y especifico que yo conocí esos tiempos. Sí, niños, nietecitos míos, yo viví en un mundo sin teclas ni pantallas. Les parece tan inconcebible que se quedan boquiabiertos, incrédulos, y me escrutan como si fuese yo un hombre milenario. Puedo añadir detalles y más detalles, pues hay mucho que decir al respecto. Sí, niños, cuando yo tenía vuestra edad no había televisor en las casas. Tenía ocho años cuando mis padres compraron el primero, en blanco y negro, por supuesto, con unas antenas rarísimas que captaban la señal como les venía en gana. Cuanto más les hablo de mi infancia, más ojipláticos se quedan, más se instala la duda en su cerebrito: no puede ser, son invenciones del abuelo, como cuando nos cuenta que ha comido oso, que ha dormido bajo la nieve o que ha visto miles de caribús. O, la mejor de todas, que una vez estuvo a punto de morir ahogado en el océano Ártico, un día oscuro de noviembre en que lo recogió una guapa esquimal que lo había confundido con una cría de foca.

Cuando nos hacemos viejos, nos contamos historias, se las contamos a nuestros nietos, y lo demás brota como de un manantial, el manantial universal de nuestra propia nostalgia. ¿Debemos privar a los ancianos de sus nostalgias más primarias, desacreditando con violencia los mundos que ellos habitaron, que ya no

existen, pero que los habitan todavía? Todo cambia con una fuerza y una sutileza tecnológica sin precedentes, pero eso no quita para que los tiempos de ahora hayan existido y existan para siempre, como para siempre existirán los tiempos pasados y los tiempos que están por venir. A mis nietos les cuento que nací en otro país, en el de mi niñez, les digo que ellos mismos están emprendiendo un viaje que los llevará muy lejos con respecto a donde se encuentran hoy, frente a mí, frente a su pantalla, con los auriculares del iPod en las orejas, y que su mundo, al igual que el mío, pasará a formar parte de la sección «exageraciones, recuerdos y fantasías».

Cuando el televisor llegó a nuestro salón, la programación no era continua, no había dibujitos todo el día. La televisión se infiltró en nuestras vidas muy despacio, tardó en incorporarse a la línea del tiempo. Vamos, que no desembarcó tal y como la conocemos ahora, en su esplendor máximo, con sus canales temáticos, su cable y su satélite. No, la tele fue revelándose poco a poco, una imagen detrás de otra, mejorando su definición por etapas, y tardó años en mostrar sus auténticos colores.* Sabemos que a los papúes les inspiraban un miedo cerval las cámaras fotográficas y de vídeo. Como ellos, merced a una especie de prudencia primitiva, nuestros padres no querían que mirásemos a discreción aquella pantalla nueva. *Pépinot et Capucine*, las luchas de enanos, un tiempo de un partido de hockey cuando se disputaba la Copa Stanley, y pare usted de contar. Una hora o dos a la semana. Sí, nuestros padres hacían gala de la prudencia elemental de los papúes y los zulúes, sabían que la televisión podía dejar secuelas perversas en nuestra visión. Recelaban de aquella lámpara misteriosa que con sus haces de luz alumbraba nuestras caras embelesadas.

* El original se presta a dos interpretaciones: *ses vraies couleurs* alude, en sentido literal, a sus colores reales, y a «su verdadero carácter» en sentido figurado. (Todas las notas son de la traductora).

Y preguntan mis nietos: ¿qué hacíais sin wifi, sin iPod, sin canales temáticos de tele por cable, sin HD, sin videojuegos, sin internet, sin vídeos en el coche, sin cine en 3D? Yo les respondo que no me acuerdo muy bien. No hacíamos nada especial; en verano montábamos mucho en bici, eso sí lo recuerdo, sin casco ni vigilancia de ningún tipo. Durante todo un verano, mi bicicleta ni siquiera tenía frenos; ningún adulto se llevó las manos a la cabeza. Éramos cuadrillas a pedales, patrullábamos las callejuelas del barrio, sin buscar nada concreto. Imaginábamos carreras, fugas y persecuciones. No, lo cierto es que ya no me acuerdo muy bien; pero jugábamos interminables partidos de hockey en la calle, con un disco azul, blanco y rojo, sobre nieve, sobre asfalto. Partidos de béisbol en verano, con una pelota vieja que debía ser blanca y dura pero estaba parduzca, blanda y toda descosida; nos bañábamos en el río, y tonterías por el estilo. Está todo desdibujado, y mi memoria birriosa no responde como yo quisiera.

Es verdad que pasábamos mucho tiempo en la calle, ya fuese otoño, invierno, primavera o verano. Sin embargo, creo que la palabra *actividad* no existía. No teníamos ordenador, ni padres que jugaran con nosotros, ni monitores que nos supervisaran, ni instructores. No había teléfono móvil, no había teléfono inalámbrico. No usábamos el teléfono. No recuerdo haber mantenido ninguna conversación telefónica con mis amigos. Las fotos eran una rareza, a veces muy bonitas, pues nos endomingábamos para la ocasión, pero nadie nos decía lo guapos que estábamos. Mi madre nunca colgó mis dibujos en la puerta de la nevera, no había fotos nuestras por la casa, no teníamos dormitorios individuales. De niños, dormíamos tres en el mismo cuarto, y por las noches, antes de quedarnos dormidos, yo les contaba cuentos inventados a mi hermana y a mi hermano.

La vida era un aburrimiento mortal. Después del vacío de las vacaciones de verano, empezaba otra vez el colegio con sus novedades, que de novedosas no tenían nada: una pizarra más verde

Fragmentos de una vida

YO SOY EL ANTROPÓLOGO

Sí, yo soy el antropólogo. Es una frase que llevo pegada a la piel, como les pasa a los médicos, a los actores. Poco importa quién sea Serge Bouchard, basta con saber que él es el antropólogo que habla por la radio, el que escribe en el periódico, el que sale en los documentales de la tele, en fin, el antropólogo ese que se pasa el día opinando. Con el paso del tiempo —y ya lo creo que pasa—, cada vez me doy más cuenta de que mi oficio tiene una faceta que le es propia. Sigue fascinando. Y eso que la antropología es una ciencia humana como cualquier otra. Pero, sabe Dios por qué, ha conservado un carácter un tanto misterioso, ha mantenido unos márgenes imprecisos en cuyo interior ciertas realidades que escapan a las ciencias duras adoptan, a pesar de todo, una medida plena de sentido.

La antropología se presta bien a la ficción, a la imaginación y a los sueños. Esta ciencia de lo antiguo tiene algo novedoso. No excluye el espíritu de las personas y lo sagrado de las cosas. Al contrario, son sus objetos de estudio, los busca y se alimenta de ellos. En todo ello está el tiempo y está el espacio y está la humanidad. El éxito popular de un personaje como Indiana Jones muestra lo mucho que deslumbra la arqueología. La antropología, por su parte, es la arqueología de todo. Somos fábricas de recuerdos, multiplicamos los desechos, los artefactos, las antigüedades, somos vestigios sobre vestigios. Están los antiguos, los modernos, los contemporáneos, los del futuro, y al final todo encaja en una especie de eterno retorno.

Como nada se pierde, basta con rebuscar, rascar, hurgar, basta con ponerse a desenterrar los recuerdos, los antiguos saberes, para percatarse de que una imagen nunca es antigua cuando sale a la superficie. Regresa, y eso es todo, como si siempre hubiera estado ahí, tan auténtica como profunda, familiar, viva.

Me entregué a mi pasión desde muy joven. Tenía catorce años cuando leí mi primer libro de antropología. Era una obra divulgativa de paleontología (*Las primeras edades del hombre*, de Ashley Montagu). Nunca me he recuperado del golpe. Imaginaos a aquel adolescente, una tarde de noviembre de 1961, en la tenebrosa biblioteca de su instituto del centro de Montreal, leyendo un libro sobre neandertales y cromañones. Hacía un día desapacible, caía una nieve gris, de copos pesados, lentos y húmedos. Pero yo ya estaba en la otra punta de los tiempos, me había evadido a la sabana, bajo el sol antiguo de la viejísima África, en el frío fósil de las eras glaciales, en la luz vacilante de las cuevas, en los bosques memoriales de Europa. Me resultaba fácil recordar las largas ensañaciones infantiles bajo un olmo de varios siglos de edad, cerca del agua, en Pointe-aux-Trembles. Imaginaba el río, mil años, diez mil años antes que yo, antes del momento presente, antes de los grandes navíos y los cargueros, antes de las refinerías de petróleo, antes de la ciudad. Imaginaba la América de los paleoindios.

Sí, la vida es así: en ocasiones tenemos la suerte insólita de llegar a ser lo que somos. Yo me encontraba al inicio de mi senda, debía aventurarme en ella. Fue un camino largo que me llevó a la etiqueta de antropólogo autorizado. La primera parte fue libresca y estudiosa. Abandoné enseguida la lectura de novelas para dedicarme en cuerpo y alma a los escritos sobre los pueblos indígenas de Norteamérica. Con veintiún años, poseía ya un saber asombroso sobre los amerindios en general y los algonquinos en particular. Con paciencia y pasión, había leído prácticamente toda la bibliografía al respecto. Lo hacía por diversión, por costumbre.

DE LA IMPORTANCIA DE AMAR LOS AUTOBUSES

EN 1952, EL PUEBLO de Pointe-aux-Trembles aún rebosaba vida. Estaba atravesado de parte a parte por la vetusta rue Notre-Dame, el famoso Chemin du Roy, la vía más antigua de América del Norte, que va de Montreal a Quebec y viceversa. La vía bordeaba el río San Lorenzo, naturalmente, una fidelidad de otro tiempo, aquel en que los coches tomaban las curvas del cauce de agua, como si recordaran su parentesco con las barcas y los botes.

La parroquia de Pointe-aux-Trembles, con su bonito nombre, «punta de los álamos temblones», es una de las más antiguas de la isla de Montreal. Su fundación se remonta a los tiempos de Ville-Marie. Allí vivíamos en 1952, a orillas del agua, en un extremo de la isla, en un mundo irreal, ¿lo sabíamos?, por encontrarse al final de su recorrido tradicional. Una iglesia, un convento, un instituto, unos cuantos comercios en el centro pequeño, casas preciosas erigidas en terrenos inmensos que daban directamente al río, viviendas de jueces, de médicos, de notarios; árboles centenarios, olmos, inmensos álamos temblones y arces plateados coronaban la rue Notre-Dame y le daban en verano aires de bulevar eterno, sombreado, donde el juego de la luz se tornaba fino y sutil, como un cuadro impresionista habitado por una imagen absoluta e intemporal.

Estábamos aislados del mundo. Ocho refinerías, una cementera y una planta química; en definitiva, una frontera nos separaba de la gran urbe. Para nosotros, las primeras calles de Montreal em-

pezaban en Tétreaultville, y el centro de la ciudad, en la rue Frontenac. La vistosa ribera era de los ricos; el ferrocarril, de los obreros. Me acuerdo de los vagones de carbón, de las locomotoras negras, de las casas pobres a lo largo de la vía, de aquel pequeño mundo vinculado a las *compañías de lubricantes*, conductores de camiones, fontaneros industriales, maquinistas, guardas. Union Carbide, Noranda Copper, BA Shawinigan, Fina, Canada Cement, Joseph Élie y Shell; teníamos la toponimia de rigor. Y el río acarreaba tanto aceite lubricante como agua, el aire transportaba polvillo de cemento, el refinado completaba el conjunto con un olor a huevos podridos que mi memoria olfativa retiene todavía hoy (todos sabemos que los olores constituyen la fuente de las nostalgias más arrebatadoras).

De niños, mi hermano y yo solíamos esperar el regreso de nuestro padre, que conducía un taxi en la ciudad. Era un juego, ganaba el primero que distinguía el coche negro, Diamond Taxi, licencia n.º 69, un Dodge de 1954. Trabajaba por las noches y volvía sobre las ocho de la mañana. ¿Cuántas veces nos plantaríamos en la acera de la rue Notre-Dame, con los ojos fijos en el oeste, con la esperanza de que cada vehículo que aparecía a lo lejos fuera el bueno?

Así fue como, sin saberlo, empecé a interesarme por los autobuses. Durante nuestras largas esperas no paraban de pasar una y otra vez, que es lo que conforma su misión en esta vida. Eran bonitos, de lomo redondeado y color castaño, castaño y beis en realidad. Empecé a memorizar las matrículas, a familiarizarme con el rostro de aquellas máquinas, y con el de los conductores también. Estos últimos llevaban quepis y uniforme gris. El autobús tenía un ruido propio, cuando aceleraba, cuando reducía, un porte muy característico. Hablo de los vehículos Canadian Car de los años cincuenta, con la numeración 600, que operaban en la línea 86, Notre-Dame.

Poco a poco, sin ser consciente, sin planteármelo, un mapa-mundi iba trazándose en mi cabeza. En mis años mozos cogería mucho el autobús. Éramos de Pointe-aux-Trembles, el extremo

LA TRAYECTORIA DE UN NIÑO MIMADO POR LA MALA SUERTE

NUNCA HE CREÍDO EN Dios. Digamos que nunca le he hecho mucho caso. Cuanto más viejo me hago, más sorprendente se vuelve el asunto: mis interlocutores se extrañan, dudan, y no me creen cuando les digo que la religión católica nunca ha hecho mella en mí, ni con seis años, ni con quince, ni con veinte. Soy, no obstante, un modelo de 1947, tendría que haber mamado sacristía, Espíritu Santo y sobrepelliz. Sin embargo, se conoce que la fe no es fenómeno natural. El determinismo cultural no es una ley absoluta. La Historia nos oculta con frecuencia lo fundamental, y cuando oigo a algunos contar con emoción «su infancia de agua bendita» comprendo, empatizo, mas no me siento miembro de esa tribu. Fui parte de aquel mundo sin serlo realmente y tragué la hostia sin creer en ella ni por un segundo.

Mi madre era atea. Más allá de su virulento anticlericalismo y su odio hacia el papa, apenas dedicaba atención a la cuestión de Dios. Tampoco mi padre, que nunca habló a sus hijos de religión, ni del cielo o el infierno. Por lo tanto, no guardo recuerdo alguno de familia en misa, de un padre o una madre en la iglesia, de rosarios o de visitas parroquiales. En mi casa, nadie invocaba a los santos, salvo en algún que otro juramento que, para nosotros, no era tal. Yo podía blasfemar en casa, siempre y cuando la blasfemia en cuestión viniera a cuento, estuviera bien formulada, fuese oportuna. Descartado lo de desarrollar latiguillos. Mi madre ha-

bría puesto peor cara con un «¿sabes?» o un «no sé si me explico» que con un buen «¡me cago en la puta hostia que cagó Cristo!». Mi madre velaba por que habláramos bien.

A pesar de todo, fui bautizado, al igual que mis hermanos y mi hermana. Incluso recibí, sin particular emoción, una bofetada del cardenal Léger, lo que no es moco de pavo. Había hecho la catequesis, la primera comunión, la confirmación (la bofetada del cardenal), y hasta cantando en el coro, durante apenas una semana, hasta que me echaron por reírme a carcajadas durante la elevación de las santas especies. Éramos cristianos sin fe, impostores, en definitiva. En mi casa, nadie se interesaba por Dios, por el diablo, por los pecados veniales ni por la confesión. Para nosotros, los curas eran señores con sotana (posiblemente unos viciosos, en virtud de su presunta abstinencia sexual, a veces simpáticos con sus pintas de curillas simplones y honrados); la misa, un espectáculo; la iglesia, un teatro; y el conjunto, una cosa de lo más normal.

Las procesiones del Corpus formaban parte del decorado, sin más. Ni banderas amarillas del Vaticano colgando de las fachadas, ni crucifijos en las paredes de casa. Mi madre nunca militó en pro de una sociedad laica, nunca reclamó clases alternativas para nosotros. Por lo demás, aunque censuraba a Pío XII, arremetía también contra los ricos, esos ladrones amparados por la ley. Decía que el dinero era un grandísimo fraude y que los dados de la economía estaban trucados. Creía en la conjura de los ricachones para que los pobres no salieran de la pobreza. A mi madre no le inspiraba ningún respeto el sueldo ganado «con el sudor de mi frente», ni creía que los ricos tuvieran ninguna virtud. Todo lo contrario. Y también vilipendiaba la sociedad patriarcal. Ella defendía que las mujeres podían hacer tanto como los hombres, incluso mejor.

En otras palabras, con diez años, mi educación familiar me había demostrado ya que no había que tomarse muy en serio al clero, que la religión era una paparrucha, que la injusticia social derivaba del reparto desigual de las riquezas, que la pobreza era

EPÍLOGO

HASTA SIEMPRE, BERNARD

LA MUERTE SIEMPRE NOS sorprenderá. Sobre todo cuando llega. A Bernard Arcand le sobrevino por sorpresa. Y nosotros seguimos aquí, pero él ya no. Sencillamente, Bernard escapa a nuestro campo de visión, aniquilado quizá, lejos sin duda, a la edad demasiado temprana de sesenta y tres años.

Era alto y robusto, hechuras de estibador. Lo conocí en 1974, me acuerdo de nuestro primer encuentro. Él también lo recordaba, había retenido la fecha exacta y me la recordaba a veces, como para sorprenderme y confirmarme que era un día importante para ambos. Yo era joven todavía, y andaba buscando un director para mi tesis de doctorado. Él gozaba ya de una gran reputación como investigador. Desde su despacho de la Université McGill, representaba la antropología emergente en Quebec, una antropología fresca, rica en posibilidades. Bernard había estado en Dinamarca, allí había iniciado su carrera como docente. Hablaba danés, algo muy original, pero fácil de entender. En Cambridge, donde había cursado los estudios de doctorado, había conocido a una alumna danesa, Ula Hoff. ¿Quién no habría aprendido la lengua en esas circunstancias? El amor nos vuelve ingeniosos. Y Bernard tenía la inteligencia saltarina del zorro.

Yo estaba absolutamente impresionado, porque lo había conocido en el cine, sí, en la gran pantalla, durante una asignatura sobre cine etnográfico que estudié en la Université Laval. La BBC, creo, había rea-

lizado un documental sobre una población amerindia de cazadores en la Amazonia en la que residía temporalmente un joven antropólogo, entre los indios cuiba. Un documental precioso, la verdad. El antropólogo no era otro que Bernard. Me dirigía, por tanto, al encuentro de una estrella, un auténtico joven profesor que se interesaba por las sociedades de cazadores-recolectores, que había estudiado en una universidad prestigiosa de Europa, vivido en Copenhague, trabajado sobre el terreno en la Amazonia, y que volvía a su país con un puesto en la Université McGill. Motivos para estar celoso tenía de sobra.

Y, efectivamente, sentí celos. Según iba aprendiendo a conocerlo mejor, lo envidiaba todo de él. Había nacido en uno de los pueblos más bonitos de Quebec, Deschambault; su padre había sido piloto en Saint-Laurent; hablaba un inglés perfecto, con acento british; había estudiado Clásicas con los jesuitas, en el instituto Sainte-Marie; era alto, tenía pelo, incluso había interpretado un papel protagonista en un cortometraje de la ONF. Yo sufría calvicie precoz, era un luchador del Montreal oriental, alumno de los hermanos de las escuelas cristianas, hijo de Mont-Saint-Louis. Mi padre había conducido camiones, mi madre era atea, anticlerical avant la lettre, yo no respondía en absoluto al perfil de hijo de los jesuitas. Pero, como Bernard, la antropología me consumía. Yo era un joven etnógrafo de los innu en los territorios del Medio Norte. Mi Amazonia era Labrador. Y, hablando de camiones, en aquel primer encuentro le pedí que dirigiera mi tesis, que versaba sobre «la cultura y el modo de vida de los camioneros de larga distancia». Sinceramente, no las tenía todas conmigo, pero Bernard vio mi pasión por los nómadas y mi fascinación por los imaginarios.

Fue un maestro extraordinario. A pesar de su juventud (teníamos casi la misma edad), asumió su papel de profesor y se interesó por mi enfoque como si fuera el suyo. Tenía un gran sentido de la escucha y la ocurrencia, mezcla de duda y entusiasmo que hace avanzar las cosas. Después de mi defensa ante un jurado muy conservador entre los muros graves y serios de la Université McGill, nuestra relación se consolidó; nos hicimos amigos. Ante unos académicos reticentes a mi tipo de